Epoca IV — Barcelona 21 de abril de 1915 — Número 255

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos | Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.°, 1.ª

Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas
Suscripción: España un trimestre . 1'00 »
» Extranjero » . 1'50 »

La guerra y los obreros

Toda la hojarasca levantada por la prensa burguesa ensalzando el patriotismo de los obreros con ocasión de la tragedia europea, va resultando uno de tantos infundios, pagados a tanto la línea por los gobiernos interesados.

La guerra pudo llevarse a efecto porque—digan lo que quieran los oportunistas—las naciones estaban tan preparadas para la guerra, que tenían tomadas todas las medidas.

Así en Francia se llenaron previamente las cárceles con los que se suponía que habían de oponerse a la guerra, y tal vez al asesinato de Jaurés, decidido partidario de la paz, no fuera ageno el gobierno.

En Alemania fueron y continúan siendo encarcelados, procesados y condenados, todos los que de una manera más o menos directa son enemigos de la guerra, llegando al extremo de condenar a deportación perpetua a cinco de los pocos socialistas que en aquella nación no han sido infectados de la virus guerrera.

Es decir, que el patriotismo de que nos hablaba la prensa, era el patriotismo impuesto brutalmente.

Y tanto es así, que estamos seguros de que si a los soldados de las líneas de fuego llegaran los ecos de paz de las personas sensatas, la indisciplina cundiría rápidamente sin que fueran atendidos los requerimientos patrióticos. Lo sucedido con el primer manifiesto de Sebastián Faure confirma nuestras afirmaciones.

No hace muchos días leímos en la prensa burguesa que varios caracterizados socialistas apostrofaban a los trabajadores ingleses porque *en los actuales momentos* se preocupaban de su mejoramiento económico y no se preocupaban de la situación del país.

Efectivamente, a pesar de estar Inglaterra liada en el actual fregado, no han dado los obreros ingleses grandes muestras de amor patriótico. Solo en los primeros días de alistamiento voluntario, consiguió el Gobierno reclutar algunos millares de hombres: los sin trabajo y los de espíritu aventurero. Hasta las colonias indias, cuyos virreyes habían prometido enviar cuantos hombres fueran precisos para ayudar a los aliados, se han visto sorprendidos por la revolución de sus súbditos, que se niegan a hacer el papel de primos en la actual contienda.

En Alemania, a pesar de la rigurosa censura, no han podido impedir que lleguen a nosotros las noticias de las importantes manifestaciones efectuadas a la puerta del parlamento.

Todo, pues, indica que en los trabajadores no existe el patriotismo reflexivo. Podrán en un momento, ser sugestionados por los discursos de los que explotan a los pueblos y viven a su costa; podrán soportar la brutal imposición, que les arranca de sus hogares, pero pasado el primer momento, se dan cuenta de que los discursos eran pronunciados por hombres insinceros, por miserables vividores que aumentan su fortuna en proporción a la sangre derramada, y aprovechan la primera ocasión que se les presenta para abandonar las filas.

Todo el patriotismo que nos pintan los asalariados de los gobiernos y de la burguesía es ficticio, hasta tal punto que el ministro de la guerra inglés, lord Kitchener, se ha dirigido a los *leaders* del elemento obrero indicándoles la conveniencia de no hacer demandas en sus respectivos oficios.

¡Los hombres que cobran miles de libras esterlinas de la nación, pretendiendo impedir que los obreros luchen por conseguir lo necesario para su sustento! ¡Qué ironía!

A nosotros nos place la actitud de los obreros, que solo se preocupan de la guerra para anatematizarla, y quisiéramos que hicieran más; que aprovecharan sus amistades y su parentesco con los que luchan, recordándoles su deber como hombres, que está muy por encima de su deber como parlótas.

¡Qué hermosa sería la paz impuesta por los mismos que luchan, por los que vierten su sangre sin que por ello alcancen la más pequeña recompensa!

Si la guerra termina con la victoria de alguna de las partes contendientes, no surgirá la paz; solo será una tregua que durará el tiempo que el vencido necesite para reponerse del desastre sufrido. Si la guerra termina por la rebelión del pueblo; porque los combatientes se den cuenta de la baja misión que desempeñan y quieren elevarse a la dignidad de hombres; porque el vaho de la sangre se les ha hecho repugnante y quieren aspirar el dulce aroma del hogar familiar; porque, en fin, no quieren ser homicidas por servir inteteses que no son suyos y que en nada les afectan; si la guerra termina en esta forma, se habrá hecho una paz duradera y se habrá dado un golpe de muerte en el corazón de la tiranía.

Y si después de realizado esto aun quedan conductores de pueblos, no olvidarán que estos se componen de hombres que no toleran que se les confunda con los rebaños.

Solo la paz de esta forma impuesta, puede dar fin a la periódica infamia que en esta ocasión, para insulto de la raza humana, hay quien llama guerra de la civilización, guerra de las ideas, guerra del progrego, aun sabiendo que ninguna de las naciones combatientes ha de hacer nada por redimir al productor de la más denigrante de las esclavitudes; de la esclavitud del salario.

Los que destruyen

Trabajamos por apresurar la agonía de un régimen, de una civilización. Y no estamos solos en esta obra los anarquistas.

Hace tiempo que lo sabemos. El mismo régimen y la misma civilización nos ayudan; hombres e ideas, partidos y principios que se nos oponen irreductiblemente colaboran, ciega e inconscientemente, como colabora, también, la vida toda al seguir la dirección renovadora de su trayectoria.

A la moral, religión, propiedad, autoridad, etc., ¿quién puede en el seno de las masas restituirles el antiguo prestigio necesario para su existencia y efectividad? ¿Quién encuentra un firme punto de apoyo en el torbellino arrebatador de la vida social moderna para volver las bases de la sociedad a su anterior estabilidad? ¿Quién, si hoy la sociedad, en evidencia hasta para los miopes, resulta un campo de batalla donde los de arriba, la canalla del oro, son los primeros en conducirse sin el menor reparo por todo lo que en sus discursos nos dicen debemos respetar para seguridad y mantenimiento del "orden social"?

¡El orden social! ¿Dónde está, dónde esa utopía que pueda verse realizada? ¿Acaso en la Europa ensangrentada o en otras partes de la tierra donde el hambre extrema es la condición de los que no tienen más fortuna que sus miserables brazos?

Matar es ser héroe; vivir del trabajo es ser miserable. Esto lo sabe ya gran parte del pueblo y no lo olvidará, no podrá olvidarlo. De ello nos preocuparemos nosotros, los anarquistas, y hasta nuestros propios enemigos al apresurar inconscientemente la agonía de la civilización capitalista.

Pero entre la colaboración de nuestros enemigos en la obra destuctora y la nuestra, aunque ambas conspiran fundamentalmente contra la sociedad, media la distancia que hay de lo que muere a lo que nace. Ellos destruyen para hacer morir; nosotros lo hacemos para crear. En nosotros hay voluntad de vida nueva; en ellos no hay más que decadencia. Somos precursores de una civilización superior, ajustamos nuestros actos y nuestra moral a un ideal de perfección incesante, viéndonos obligados por eso mismo a estar constantemente en atrito con el medio actual para destruirlo.

Tenemos por lo tanto un optimismo sano, equilibrado, el optimismo de la salud y de la vida, sin el cual no lucharíamos con fe por nuevas y más perfectas formas de vivir. Y esto es lo que nos superioriza y contra esto van los decadentes, la civilización actual toda.

Cada día es más raro encontrar hombres de carácter, que ponen una voluntad consciente al servicio de una causa noble, seguros, con fe de que en el curso de los acontecimientos la voluntad de los hombres es, también, causa determinante capaz en ciertas circunstancias de evitar el mal y hacer la felicidad de todos.

La agonía de una civilización va acompañada de una decadencia en los espíritus, de un empobrecimiento general de la voluntad en los hombres, inclinándolos al fatalismo y a filosofías adormecedoras y de anulación. El carácter, desaparece; el intransigente con sus principios, se oculta; el hombre de acción, no se ve; y, si hay excepciones, ya vemos cuales son los epítetos que se les dirijen: "fanáticos, dogmáticos, sectarios, etc." Es que todos pierden las asperezas, se hacen suaves, blandos como goma y con una espina dorsal flexible como el mimbre.

Mal es este contra el que debemos reaccionar enérgicamente, sin prestar oídos a los improperios que nos dirijan los decadentes. Si destruimos, lo hacemos con una fe inquebrantable en nuestra obra creadora. De los otros colaboradores, enemigos nuestros, aprovechemos sólo lo que pueda ser útil para la revolución, para la civilización futura.

JOSÉ BOROBIO

DE LA GUERRA

El arte de matar

Me repugnan los sofistas y me asquean los sofismas. Su habilidad en plagiar el pro y el contra, en justificar la injusticia, en colorear el mal, me indigna.

Amo la verdad porque es luz y calor.

Michelet dice que es el premio de la vida.

Digamos, pues, la verdad; será nuestro premio.

En este siglo se han glorificado excesivamente las pasiones; el odio y el vicio dominan a media humanidad. La perversa ambición de un emperador precipita en el vacío la vitalidad de Europa, y es necesario convencerse de que el mundo no pertenece a los corredores de aventuras ni a los hombres de espada, sino a la disciplina y a los disciplinados. Y digo como Chervulier, que el secreto de la disciplina es el trabajo. Hay quien se ríe del trabajo como en la representación de un sainete de don Ramón de la Cruz. Tras un sainete bien puede representarse un drama. Veamos.

Los hombres de espada llevan en el cerebro una patria pintada en gris. Tienen un corazón de madera. Enseñan a los mozos de veinte años el ejercicio de las armas, que ellos llaman el arte de defender a la patria y yo llamo el arte de matar—de matar hombres y de matar el trabajo—, como si la patria pudiese florecer bajo el imperio de las bayonetas y no bajo el poder fecundo de la inteligencia. Si recuerdo a Napoleón es porque recuerdo a Hugo. Goëte y no Bismark. Diderot y no Molke. *L'Esprit des Lois*, de Montesquieu, y no *Las Conquistas de Bonaparte*.

Hace un mes que he llegado de Francia. Era soldado. Cuando me dieron un fusil recordé a "Candide".

El fusil elige víctima; es algo así como el símbolo de las tiranías hereditarias; donde hay una nación armada, la libertad del vecino peligra. La libertad y la vida. ¿Víctimas? Infinitas. La fuerza atropella a la debilidad por odio o por ambición, pero la atropella y triunfa. Es el triunfo de la ignorancia y de la brutalidad. Escuchad: Los huesos de Polonia crujen bajo las brutales mandíbulas del zar y del emperador.

La víctima suplica y llora, pero los ogros continúan mascándola. Leed *Los abuelos*, de Mickiewicz, *Los eslavos*, si lo preferís, y luego contad a vuestras madres la canción de la madre polonesa: "...y durante la infancia hará saber a sus hijos lo que es una cadena y un "carcán" para que más tarde no tiemblen ante el filo de un hacha y para que miren sin palidecer la cuerda que los estrangulará..." Y mañana será otra nación cualquiera, España mismo. ¿Por qué no? Mientras existan instituciones armadas; mientras el arte de matar hombres sea considerado como un medio útil para la prosperidad de las naciones; mientras la escuela y el trabajo sean para los privilegiados y no destruyamos los obstáculos que se alzan para impedir el paso por el camino abierto a todas las aptitudes; mientras la ignorancia de los hombres sea una espantosa realidad, debemos temer por nosotros y por los demás. Esta guerra ha creado en España un complicado problema. Es más fácil atravesar a pie la Kamchaska que hallar la solución. A Juan Valjean le originaría en su cráneo una nueva tempestad. Los religiosos se unen a Alemania: la ignorancia y la fuerza aliadas. ¿Quién será la víctima? Porque tiene que haberlas. La ignorancia y la fuerza quemaron a Miguel Servet, ajusticiaron a Rizal, fusilaron a Ferrer Guardia. La ignorancia asesinó a Marco Tulio Cicerón. Unos cuantos políticos, ignorantes, prepararon el brasero de 1909; la fuerza lo convirtió en volcán; éste duerme, no está muerto. No todos los días nace un Mirabeau, ni un Dantón, ni un Enjolras. El día que nazcan, si no han nacido ya, el volcán despierta.

Mientras tanto, cultivemos la inteligencia, que es el arte de hacer grande a la nación; regalemos a nuestros políticos un ejemplar de las *Considerations sur les causes de la grandeur des romains et de leur décadence*, de Montesquieu, y destruyamos el error de los que creen engrandecer a la patria por medio del arte de matar.

ALBERTO SEIGLAND

El Congreso del Ferrol

A medida que se acerca la fecha de la celebración del Congreso Internacional de la Paz, crece el entusiasmo entre las sociedades obreras y centros de cultura para enviar representaciones y adhesiones, y, a juzgar por las noticias que recibimos, todas las regiones de España estarán representadas.

Por lo que afecta a Cataluña, en Barcelona han sido nombrados cinco delegados directos, que representarán al proletariado organizado, así como ha sido designado el compañero que ha de representar a TIERRA Y LIBERTAD. De Villanueva y Geltrú saldrá otro delegado, y creemos que irá otro de Sabadell y un delegado de la Federación de grupos de la región catalana.

De la importancia que revestirá el Congreso no cabe dudar: la tiene en sí mismo.

Nada puede aventurarse sobre sus acuerdos, pues creemos que éstos dependerán de las naciones que tengan representación directa, después de un leal y sincero cambio de impresiones.

La labor ha de ser forzosamente muy laboriosa respecto a los medios que deben emplearse para conseguir la paz, y en esto ha de haber mucha reflexión, dejando al cerebro la labor que en muchas ocasiones se encomienda al corazón.

Si todos los delegados de España son fieles representantes del criterio que predomina en el proletariado español, las discusiones no serán enojosas; pero es preciso prevenirse contra la probable intromisión de delegados que en vez de representar a los amantes de la paz, lleven —aunque otras sean las apariencias— la representación real y efectiva de las embajadas de los países beligerantes.

Al Ferrol, pues, a trabajar con perseverancia porque la horrible tragedia europea termine por imposición del proletariado.

Si esto se consigue, resurgirá otra Internacional, sin atavismos de nacionalismos, pues habrá nacido espontáneamente como consecuencia de un acto altamente humanitario.

Los liberalistas

Un liberalista no es precisamente un liberal, ni tampoco un demócrata.

El liberal es por lo común una persona que viste bien, vive con cierto desahogo, adopta aire aristocrático, es un tanto volteriano aun cuando acepta el culto religioso y respeta a los sacerdotes negándoles, sin embargo, beligerancia política y se muestra, en suma, partidario de las libertades públicas, debidamente limitadas para evitar los excesos de la licencia, "la degeneración de la libertad".

Un demócrata es por lo general un liberal sin pujos de aristocratismo, convencido anticlerical y cultor del sufragio sin límites, que para él representa la encarnación de la libertad absoluta. El número es todo para él. La soberanía reside siempre en la cantidad mayor, coincidiendo de esta manera en el modo de ver de los imperialistas, que sostienen que la fuerza prima sobre el derecho, o más claro aún, que la fuerza es el único derecho, el derecho en sí. Para el demócrata el derecho es el número, la mayoría, y lógicamente el número, la mayoría, es el equivalente exacto de la fuerza.

Los liberalistas no son, repitamos, ni liberales, ni demócratas. Los liberalistas pueden muy bien ser socialistas, sindicalistas, y aun anarquistas, en cuanto estos calificativos significan una concepción social a realizar en el futuro. Pero en cuanto al presente los liberalistas son defensores de la actualidad política frente a cualquier peligro real o imaginario que amenace al sufragio limitado de los liberales o al amplio de los demócratas o a cualquiera de las libertades políticas, de prensa, reunión, manifestación, etc., bien trabaditas por diversos artículos del código penal, cuando no son violadas con todo descaro por los policías, o suprimidas por los gobernantes en virtud del derecho que se reservan de declararse dictadores proclamando el estado de sitio.

Resultan, pues, los liberalistas unos paradojales señores, descontentos del régimen actual, y sus defensores al mismo tiempo, aun cuando en nada les favorezca, puesto que precisamente las libertades que podrían ser útiles para sus planes futuros son las que están limitadas, trabadas, son violadas a diario por las autoridades y suprimidas por los gobernantes en cuanto a éstos les parece oportuno.

Y si concretamos este rápido análisis a los liberalistas anárquicos, la incongruencia de la unión de esos dos términos, es mayor que en el caso de los demás futuristas transformados en defensores del liberalismo, por cuanto que a los anarquistas no se ve en qué puede interesarles la desaparición del sufragio universal o su restricción, ni cómo puede afectarles que las pseudos libertades de prensa, reunión, asociación y manifestación se restrinjan para los demás partidos, cuando para los anarquistas sólo existe de nombre, o en realidad en cuanto la propaganda anárquica no ofrece peligro alguno, dentro o fuera de las limitaciones puestas por los legisladores expresamente para ella y para la acción anarquista, tanto en las repúblicas federales como en las unitarias, en las monarquías contitucionales como en los imperios.

Ni aun se puede aducir que en determinadas ocasiones la persecución del anarquismo ha tenido virulencias que después han desaparecido puesto que eso no revela una saturación liberal de los gobernantes, un triunfo del liberalismo, sino una condescendencia obligada ante la persistencia del anarquismo, irreprimible a pesar de todo, del mismo modo que las persecuciones no destruyeron el cristianismo y fué necesario condescender con él, como se ha condescendido con la libertad de conciencia a despecho de la Inquisición y del poder de los reyes absolutos.

Hasta podría desearse el amenguamiento de las menguadas libertades de hoy, porque aquellos que las disfrutan, que se sienten anchos dentro de ellas, serían nuevos elementos descontentos, propicios, no sólo a reclamar las libertades perdidas, sino algo más, aun cuando momentáneamente se sintieran acobardados y abatidos.

Los liberalistas en la época presente son un contrasentido, una aberración, sólo explicable como un resurgimiento de ideales primilivos, amados con pasión juvenil antes de llegar a conocer las ideas anarquistas.

Especie de atavismo, de regresión a las concepciones primeras, no tiene otra importancia, ni otra transcendencia, que la del momento, estando llamado a desaparecer en cuanto las excepcionales circunstancias de hoy desaparezcan, pudiéndose asegurar que terminada la guerra europea, los liberalistas sentirán íntimo rubor, la vergüenza de no haber obrado como pensaban, y si bien habrá algunos que insistirán en decir que hicieron bien, en el fondo estarán contestes todos en que sufrieron una ofuscación, el efecto de la embriaguez popular, la sugestión de las colectividades. Y no habremos perdido nada.

EDUARDO G. GILIMON

Inconsecuencias evidentes

Simplificar y concretar las cosas vale tanto como aclararlas, como inmunizarlas contra embrollos y sofismas. Simplifiquemos y concretemos, pues, la cuestión de la inconsecuencia de los anarquistas que se truecan en militaristas y en militares voluntarios.

No se trata precisamente de saber si Kropotkine fué o no fué siempre partidario de la guerra, de si creyó o dejó de creer en la realidad de las libertades de ciertos Estados, de si sus escritos pasados guardan consonancia con su carta actual. No se trata de nada de eso, ni de nada que se le parezca, todo muy accidental y por lo mismo muy desorientador, si se le da la preferencia.

Se trata *no más* que de hacer constar, con la mayor sencillez y precisión, que un anarquista, príncipe o plebeyo, ruso o alemán, longevo o joven, célebre o anónimo, no *puede* intervenir ni estimular a la intervención, en *ningu-*